

Los muertos de Jericó

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Dead of Jericho*

En cubierta: © iStock

© Colin Dexter, 1981

Publicado originalmente en inglés por Macmillan,
un sello de Pan Macmillan, una división de Macmillan
Publishers International Limited

© De la traducción, Pablo González-Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria
c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-29-4

Depósito legal: M-27.092-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Colin Dexter

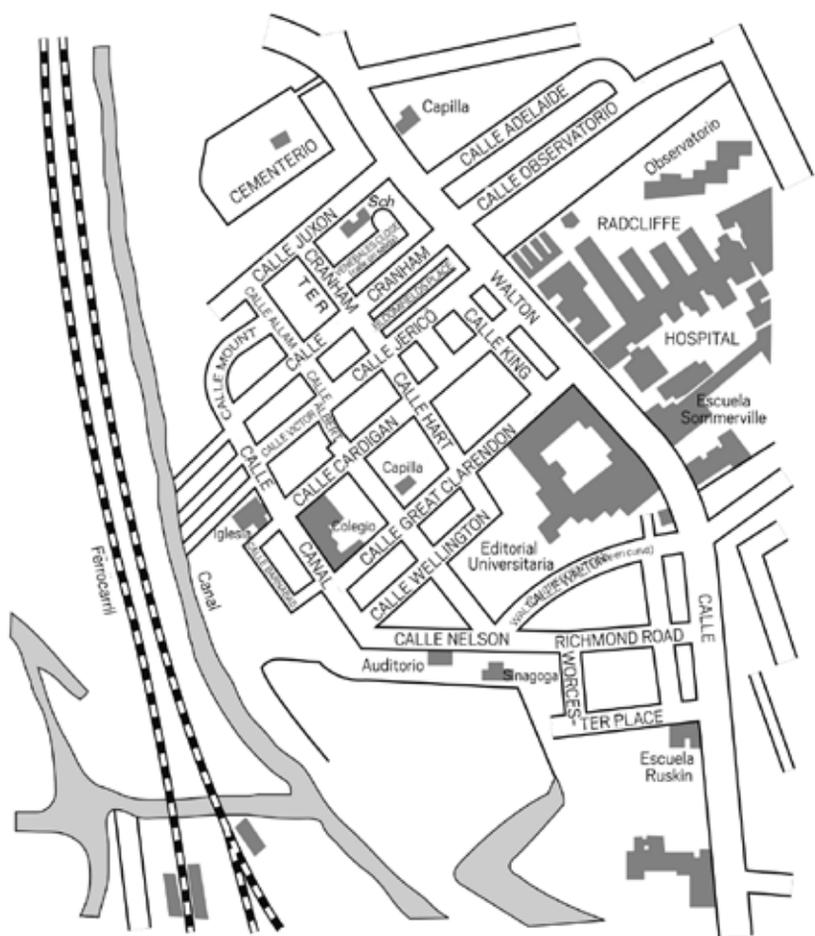
LOS MUERTOS DE JERICÓ

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para Patricia y Joan, amables vecinas de Jericó



Plano callejero de Jericó

Prólogo

Y me pregunto ¿cómo habrían estado los dos juntos?

T. S. ELIOT, «La Figlia che Piange»

No era especialmente bonita, pensó. Eso, en el caso de que fuera posible medir la belleza de una mujer de forma objetiva (*sub specie aeternae pulchritudinis*,¹ por decirlo de alguna manera). No obstante, después de los apresurados y superficiales «holas» de la presentación, durante más o menos una hora, sus miradas ya se habían encontrado varias veces y ninguno de los dos la había apartado. Y solo después de su tercera copa de aquel morapio tinto sorprendentemente bueno logró escapar del pequeño círculo de medio conocidos con los que había estado hasta entonces.

Fácil.

La señora Murdoch, una mujer corpulenta de aire enérgico y optimista que aún no habría cumplido los cincuenta, dirigía en esos momentos a sus invitados, con actitud amable y firme al mismo tiempo, hacia donde estaba servida la comida, en las mesas del fondo del amplio salón; y entonces aquel hombre aprovechó la oportunidad cuando ella pasó a su lado.

— ¡Una fiesta estupenda!

— Me alegra que al final haya podido usted venir. Sin embargo, no debería estar solo. ¿Ha conocido ya a alguien?

¹ «Bajo el disfraz de la eterna belleza». (*Todas las notas son del traductor*).

—Ya conoceré a alguien. Se lo prometo. ¡No se preocupe!

—Le he hablado de usted a mucha gente.

El hombre asintió con la cabeza sin aparente entusiasmo y observó el rostro anodino y de grandes rasgos de la mujer.

—Está usted estupenda.

—Como una rosa.

—¿Qué tal los chicos? Ya tendrán... —había olvidado cuántos años tenían—, eh, ya estarán crecinitos.

—Michael, dieciocho, y Edward, diecisiete.

—¡Increíble! Supongo que se examinarán pronto.

—Michael tiene los exámenes de reválida el mes que viene.

Por favor, ve y sírvete tu misma, Rowena.

—Es un chico inteligente y seguro de sí mismo, ¿verdad?

—La confianza es una cualidad muy sobrevalorada, ¿no le parece?

—Puede que tenga razón —respondió el hombre, que nunca había pensado en ello. Con todo, ¿se detectaba una fugaz inquietud en la mirada de la señora Murdoch?—. ¿Qué va a estudiar?

—Biología, francés y económicas. Eso es. Por favor, sírvase usted mismo.

—¡Interesante! —respondió el hombre, sopesando los motivos que habrían empujado al muchacho a escoger disciplinas tan curiosamente dispares—. Y Edward ¿qué...?

Siguió hablando, pero su anfitriona ya se había alejado para empujar a algunos invitados hacia donde estaba la comida y de repente se encontraba solo otra vez. Las personas con las que había estado hasta entonces se habían reunido, plato en mano, en torno a las fuentes de carne fría, entremeses y ensaladas, y se servían pechugas de pollo al curri y ensalada de col. Durante dos minutos se quedó mirando la pared más cercana, fingiendo contemplar una acuarela realizada de manera poco profesional. Después siguió avanzando. La mujer estaba al final de la cola, y él se puso justo detrás de ella.

—Tiene buena pinta, ¿verdad? —se aventuró a decir.

No era un comienzo particularmente impresionante ni original, pero era un comienzo, al fin y al cabo. Más que suficiente.

—¿Tiene hambre? —preguntó ella dándose la vuelta.

¿Tenía hambre? De cerca le pareció aún más atractiva, con sus ojos color avellana, su piel clara y una sonrisa en los labios. ¿Que si tenía hambre?

—Un poco —respondió.

—Probablemente come usted demasiado.

Ella apoyó con suavidad la mano derecha sobre la pechera de la camisa blanca del hombre, una camisa que él mismo había lavado y planchado para la fiesta. Los dedos eran delgados y fibrosos, con las uñas cuidadosamente pintadas de rojo.

—No estoy del todo mal, ¿verdad?

Le gustaba cómo estaba evolucionando la situación, y su propia voz le resultó casi infantil.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, como haciendo que evaluaba en serio cualesquiera cualidades que pudiera aprobar en él.

—Pues no —respondió ella, y frunció los labios de forma provocativa.

Él la observó cuando se inclinó un poco sobre el bufé, contemplando la curva de su esbelto trasero mientras se estiraba para pinchar con el tenedor unas rodajas de remolacha que estaban al otro lado de la mesa, y de repente se sintió un poco perdido (algo que le ocurría a menudo) y un poco desahuciado. Ella entabló conversación con el hombre que tenía delante, un chico de unos veinticinco años, alto, rubio, muy bronceado y sin un gramo de grasa en todo el cuerpo. Y el hombre mayor negó con la cabeza y sonrió con tristeza. Había sido una idea agradable, pero lo mejor sería dejarlo pasar. Tenía cincuenta años, y la creciente sensación de que la edad empezaba a endurecer su corazón. O eso pensaba a veces.

Había varias sillas colocadas al final de la mesa y unos centímetros de mantel blanco despejado, y decidió sentarse a co-

mer en paz allí. Al hacerlo, se evitaría otra de las indigestiones que sufría de manera casi invariable cada vez que se sentaba en el reposabrazos de una silla y comía en posturas incómodas o acuclillado, como ahora estaba la mayoría de los invitados a su alrededor. Volvió a llenar su copa, sacó una silla y empezó a comer.

—Creo que es usted el único hombre sensato de esta habitación —dijo ella, cuando apareció a su lado un minuto después.

—Me da indigestión —respondió sin molestarse en mirarla.

¿Para qué fingir? ¿Por qué no limitarse a ser él mismo? Con su panza y su calva incipientes, con más de la mitad del camino recorrido, al haber vivido medio siglo, y con algo de vello, todavía no demasiado visible, en las orejas. ¡Eso es! ¿Para qué fingir? ¡Vete, preciosa! ¡Vete y sigue flirteando con ese joven adonis lascivo!

—¿Le importa si le acompaño?

Él alzó la vista hacia ella, enfundada en un vestido de verano color crema entallado, y le ofreció la silla que había a su lado.

—Pensé que ya la había perdido para el resto de la velada —dijo, un poco después.

Ella se llevó la copa de vino a los labios y luego deslizó suavemente el dedo corazón de la mano izquierda por el borde, justo donde había bebido.

—¿No quería perderme? —preguntó ella en voz baja junto a su oreja, con los labios todavía húmedos.

—No, la quería solo para mí. Pero es que soy un egoísta.

Hablaba en tono animado y despreocupado; sin embargo, sus fríos ojos de color azul claro seguían mirándola atentamente.

—Podría haberme rescatado de ese rubio tan pesado —susurró ella—. Oh, lo siento. No le conoce, ¿verdad?

—No. No es amigo mío.

—Ni mío. De hecho, no conozco a nadie aquí. —Su voz se había vuelto seria y durante unos minutos comieron en silencio.

—Hay unos cuantos aquí a los que estoy seguro de que no les importaría conocerla —comentó él, por fin.

—¿Mmm? —De nuevo parecía relajada, y sonrió—. Puede que tenga razón. Pero son un puñado de pesados, ¿sabía usted?

—También yo soy un poco plomo —dijo el hombre.

—No le creo.

—Bueno, digamos que soy igual que los demás.

—¿Qué significa eso? —Tenía un ligero acento del norte, por su manera de pronunciar las aes. ¿De Lancashire, quizá?

—¿Quiere que se lo diga?

—Ajá.

Se mantuvieron la mirada un instante, igual que habían hecho un rato antes, y luego el hombre la bajó hacia su plato, que estaba casi intacto.

—Pues que la encuentro muy atractiva —dijo en voz baja—. Nada más.

Ella no respondió y siguieron comiendo, pensando en sus cosas, sin decir nada. En silencio.

—No está mal, ¿verdad? —dijo el hombre, y se limpió la boca con una servilleta de papel naranja y luego se estiró para coger una botella de vino—. ¿Qué puedo ofrecerle ahora, *madame*? Hay macedonia de fruta fresca, pastel de nata y una especie de no sé qué de caramelo.

Sin embargo, cuando se disponía a levantarse, ella le apoyó la mano en la manga de la chaqueta.

—Quedémonos aquí sentados hablando un poco más. Creo que no sé hablar y comer a la vez, como hace la gente.

Y, en efecto, todos los demás invitados parecían expertos en llevar a cabo ambas tareas de forma simultánea, y el hombre fue consciente de repente del ruido de voces y cubiertos que llenaba la estancia.

—¿Quiere más vino? —preguntó.

—¿No cree que ya he bebido bastante?

—Cuando uno cree que ha bebido bastante es que ha llegado el momento de beber un poco más.

Ella se rio de forma encantadora.

—¿La frase es suya?

—La leí en el dorso de una caja de cerillas.

Ella volvió a reírse y siguieron bebiendo.

—Sobre eso que acaba de decir... —retomó la conversación la mujer.

—¿Lo de que la encontraba atractiva?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué decía...?

El hombre se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia.

—Imagino que no la habrá pillado por sorpresa. Seguro que cientos de hombres le habrán dicho lo mismo antes, ¿no? No es culpa suya. El Todopoderoso la ha moldeado fabulosamente bien. Eso es todo. ¿Por qué no aceptarlo? A mí me pasa igual: resulta que he sido bendecido con el cerebro más brillante de Oxford. Y tampoco puedo evitarlo, ¿no?

—No está respondiendo a mi pregunta.

—¿No? Creía que sí.

—Cuando dijo que me encontraba atractiva, no fue solo lo que dijo, sino cómo lo dijo, ¿entiende?

—Y ¿cómo lo dije?

—No sé. Sonó agradable y al mismo tiempo triste, ¿entiende?

—No debería decir «¿entiende?» todo el tiempo.

—Intentaba decirle algo que no resulta fácil de expresar con palabras, nada más. Pero me callaré, si es lo que quiere.

El hombre negó con la cabeza lentamente.

—No sé qué decirle. ¿Ve adónde nos lleva a veces la sinceridad? Le digo que la encuentro atractiva. ¿Sabe por qué? Porque me sienta bien contemplarla y estar sentado así a su lado. Y ¿puedo decirle algo más? Creo que la veo cada vez más atractiva. Será el vino.

Su copa volvía a estar vacía y se estiró para coger otra botella.

—El problema es que, con la mayoría de los hombres, «atractiva» solo significa una cosa, ¿no? Acabar entre las sábanas. ¡Oh, sí! ¡A eso se reduce todo!

—Y ¿qué tiene de malo?

—¡Ah, nada! Pero tiene que haber algo más, ¿no?

—No lo sé. No soy ningún experto en esas lides. ¡Ojalá lo fuera!

—Pero una mujer puede gustar por lo que es, además de por su aspecto, ¿no es verdad? —sugirió ella.

Volvió la cabeza hacia él y, con el rostro despejado y su oscuro pelo recogido en la nuca, sus ojos brillaron con una ternura casi violenta.

—¿Querría decirme tan solo...?

De repente tragó saliva en mitad de la frase y guardó silencio. Ella había deslizado la mano bajo la mesa, y él sintió sus largos y suaves dedos entrelazándose con los suyos.

—¿Podría pasarme el vino un momento, amigo? —Era uno de los invitados de más edad, un tipo rubicundo y panzudo de aire jovial—. Siento interrumpir de esta manera, pero no puede uno resistirse cuando aprieta la sed.

Separaron las manos abruptamente y con una punzada de culpabilidad y sin volver a entrelazarlas, pues los demás invitados se acercaban de nuevo a las mesas en ese momento para escoger el postre.

—¿Cree que es mejor que volvamos con el resto de la gente? —preguntó él no muy convencido—. Si no tenemos cuidado, empezaran a hablar de nosotros.

—¿Y eso le preocupa?

El hombre pareció sopesar la pregunta con gran seriedad durante bastante tiempo, y después su rostro se relajó y esbozó una juvenil sonrisa.

—¿Sabe qué? —dijo—. Me importa un bledo. ¿Por qué no íbamos a poder estar aquí juntos toda la noche? ¡Dígame por qué, si eso es lo que quiero! Y si es lo que quiere usted.

—¡Lo es, y lo sabe! Entonces, ¿por qué no dejamos de fin-

gir lo contrario y me trae un trozo de ese pastel? ¡Y otra cosa! —añadió, y se bebió de un trago el resto del vino—: Ya que está, también puede llenarme la copa. Hasta el borde.

Después de que terminaran el pastel, y habiendo rechazado el café en dos ocasiones, él le pidió que le contara algo sobre ella. Y eso hizo.

Nacida en Rochdale, fue una muchacha inteligente y estudiosa en el colegio y obtuvo un puesto de lectora de lenguas modernas en la escuela universitaria Lady Margaret Hall. Salió de Oxford con una licenciatura de segunda clase a sus espaldas y empezó a trabajar como (la única) representante de ventas internacionales de una editorial más bien pequeña de Croydon, una empresa que pocos años antes habían fundado de la nada dos hermanos brillantes y relativamente ambiciosos que editaban libros de texto de inglés como lengua extranjera. Justo antes de que la contrataran, la empresa llevaba un tiempo recibiendo un número cada vez mayor de pedidos internacionales, por lo que también se había vuelto más evidente la necesidad de establecer un contacto más eficiente con los clientes extranjeros. De ahí surgió la creación de su puesto. El trabajo estaba bastante bien y tampoco le pagaban mal; sobre todo, teniendo en cuenta que ella carecía por completo de experiencia comercial. El puesto implicaba realizar muchos viajes —algunos imprescindibles y otros no tanto— con el mayor de los dos hermanos (Charles, el socio principal), y ella trabajó en la empresa durante ocho años, y disfrutó muchísimo. El negocio floreció, pasaron de diez a veinte empleados y construyeron nuevas instalaciones con maquinaria. Durante ese tiempo, entre rumores de gastos irregulares y evasión fiscal, la plantilla fue testigo de la llegada de los inevitables Rolls-Royce, primero, uno negro, y luego, uno azul claro; y para el disfrute de unos pocos privilegiados había un precioso e impresionante yate de moderado tamaño amarrado en algún lugar de Reading. Su propio salario también fue aumentando (a veces hasta dos veces al

año), y, cuando al final decidió abandonar la empresa, tres años atrás, había conseguido ahorrar una nada desdeñable cantidad de dinero; sin duda suficiente para prever una independencia más o menos acomodada durante los años venideros. Pero ¿por qué lo había dejado? Lo cierto es que no era una pregunta fácil de responder. Ocho años eran demasiados y con el paso del tiempo incluso el trabajo más disfrutable se convierte en algo menos desafiante, demasiado familiar (¿era esa la palabra?), con colegas que se vuelven más previsibles y más... ¡Ah, ¿qué importaba cómo se volvieran los compañeros?! En realidad, fue por una razón más sencilla: quería un cambio, nada más. De modo que cambió. En Oxford leía en francés e italiano, y gracias a su trabajo en la editorial también había llegado a hablar con fluidez el alemán. ¿Entonces? Entró a formar parte del claustro de una gran escuela de educación secundaria (¡con mil ochocientos alumnos!) en la que enseñaba alemán en el East End londinense. La escuela era mucho más dura de lo que había podido imaginar. Sin duda los chicos tenían buen fondo, pero eran descarada e impertinentemente obscenos, y no era infrecuente (sospechaba ella) el exhibicionismo en las últimas filas de las aulas. Con todo, el verdadero problema lo constituyeron las chicas, que veían a la nueva profesora como una intrusa y una rival dispuesta a arrebatárles el ansiado afecto de sus compañeros y profesores. ¿Y los profesores? Oh, algunos la habían rondado (sobre todo, los casados), pero en el fondo tampoco eran malos. Les había tocado en suerte la hercúlea tarea de intentar remediar, o al menos controlar, el absentismo generalizado, el vandalismo sistemático y la renegada mentalidad de aquellos hostiles adolescentes ajenos a toda noción de integridad y erudición, y a los que incluso las virtudes más humildes de la clase media les resultaban asimismo extrañas y repugnantes. Bueno, pues se quedó allí un curso completo, y al mirar atrás ahora le habría gustado quedarse más tiempo. Todos los alumnos, tanto los chicos como las chicas, recaudaron dinero generosamente

para comprarle un espantoso juego de copas de vino; ¡y esas copas eran el regalo máspreciado que había recibido en su vida! Cuando se lo entregaron en la gala de fin de curso, ella empezó a llorar mientras uno de los muchachos pronunciaba un discursito jocosoy tontamente maravilloso. Casi todas las chicas derramaron alguna lágrima, e incluso algún que otro exhibicionista se despidió de ella con torpes e insoportablemente emotivas palabras de agradecimiento. ¡Ay, Señor! ¿Y luego? Bueno, probó suerte en un par de sitios más y, por último (hacía dos años), decidió regresar a Oxford, donde se anunció como profesora particular y recibió más ofertas de las que podía atender; se compró una pequeña casa y, bueno, ¡ahí estaba! En la fiesta.

Sin embargo, el hombre se dio cuenta de que ella omitía algo en el relato de su vida. Recordó, vagamente, la forma en que se la había presentado la señora Murdoch, y visualizó con claridad que ella limpió en ese momento el interior de su copa de vino con el dedo corazón de la mano izquierda. ¿Había omitido alguna otra cosa? A pesar de ello, no dijo nada y se limitó a seguir allí sentado medio desconcertado y medio colado por ella.

Eran más de las doce. Los hijos de la señora Murdoch se habían ido a la cama y algunos invitados ya se habían marchado. La mayoría de los que habían decidido quedarse estaban bebiendo su segunda o tercera ronda de café, pero nadie se acercó a interrumpir a la extraña pareja que seguía sentada junto a restos de bizcochos y flanes.

—Y ¿qué me dice de usted? —preguntó ella—. ¡Me ha hecho hablar de lo lindo!

—No soy ni la mitad de interesante que usted. ¡Para nada! Solo quiero seguir aquí sentado, a su lado. Eso es todo.

Había bebido una increíble cantidad de vino y empezaba a arrastrar un poco la voz (cosa que a ella no le había pasado inadvertida). «A su *laado*. Eso es *too*» sería la equivalencia fonética más precisa de sus últimas palabras. A pesar de todo,

la mujer sentía una curiosa e irresistible atracción por aquel meloso borrachín cuya mano buscó entonces la de ella una vez más y deslizó sus dedos por la palma.

El teléfono sonó a la una y veinte.

La señora Murdoch apoyó la mano con suavidad en su hombro y habló en voz muy baja.

— Le llaman por teléfono.

Por supuesto, la aguda mirada de la señora Murdoch lo había visto todo y había disfrutado del espectáculo (¡Sí!), encantada de que las cosas parecieran ir tan bien entre ellos dos. Era una pena tener que interrumpirlos. Pero, al fin y al cabo, él mismo le había dicho que era posible que le llamaran con algún recado.

Cogió el teléfono del pasillo.

— ¿Qué? ¿Lewis? ¿Qué diablos es tan importante? ¡Oh! ¡Ah, entiendo! — Miró su reloj de pulsera—. ¡Sí! ¡Sí! Eso he dicho, ¿no?

Colgó bruscamente el auricular y volvió al salón.

Ella seguía sentada donde la había dejado y alzó la vista con curiosidad cuando lo vio.

— ¿Sucedó algo malo?

— No, nada malo. Pero me temo que he de marcharme. Lo siento.

— Pero le dará tiempo a llevarme a casa, ¿verdad? ¡Por favor!

— Lo siento, no puedo. Verá, esta noche, eh, estoy de servicio y...

— ¿Es usted médico o algo así?

— Policía.

— ¡Oh, Dios!

— Lo siento.

— ¡¿Por qué sigue diciendo que lo siento?!

— No dejemos que esto termine así — dijo él en voz baja.

— No. Eso sería una tontería, ¿verdad? Yo también lo siento, eh (por enfadarme, quiero decir). Es solo que... — Alzó

la vista hacia él, con la mirada apagada ahora por la decepción—. Quizá sea el destino.

—¡Tonterías! ¡Eso no existe, maldita sea!

—¿No cree usted en...?

—¿Podemos volver a vernos?

Ella sacó una agenda de su bolso, arrancó una hoja de la parte trasera y escribió rápidamente: «Canal Reach, 9».

—El coche ya está aquí —dijo la señora Murdoch.

El hombre asintió con la cabeza y se dio la vuelta como si fuera a marcharse. Pero tenía que preguntarlo.

—Está usted casada, ¿verdad?

—Sí, pero...

—¿Con uno de los hermanos de la editorial?

¿Fue sorpresa, o fue suspicacia lo que apareció por un momento en los ojos de ella antes de responder?

—No, con ninguno de los dos. Me había casado mucho antes. De hecho, fui lo bastante tonta como para casarme cuando tenía diecinueve años, pero...

Un hombre un poco rechoncho entró en el salón y se dirigió tímidamente hacia ellos.

—¿Está listo, señor?

—Sí.

Se volvió para mirarla por última vez con intención de decir algo, pero no encontraba las palabras.

—Tiene mi dirección —susurró ella.

Él asintió con la cabeza.

—Ni siquiera sé cómo se llama.

—Anne. Anne Scott. —Él sonrió, casi contento—. ¿Cómo se llama usted?

—Me llaman Morse —dijo el policía.

Morse se abrochó el cinturón de seguridad mientras el coche patrulla atravesaba la rotonda de Banbury Road y aceleraba colina abajo hacia Kidlington.

—¿Adónde dice que me lleva, Lewis?

—A Woodstock Crescent, señor. Un tío ha apuñalado a su mujer en una de esas casas. Pero no ha habido complicaciones. Él mismo se presentó en comisaría minutos después de matarla.

—Nada nuevo bajo el sol, ¿verdad, Lewis? En la gran mayoría de los casos de asesinato la identidad del acusado está clara casi desde el principio. ¿Se da cuenta? Más o menos en el cuarenta por ciento de los casos se arresta al culpable casi de inmediato en la escena del crimen o en sus inmediaciones, generalmente, Lewis, y por suerte para los de su profesión, porque no hace el más mínimo intento de escapar. No obstante, seamos claros, en el cincuenta por ciento de los casos, la víctima y el acusado han tenido alguna clase de relación anterior, a menudo muy íntima.

—Interesante, señor —dijo Lewis, y giró a la izquierda justo delante de la comisaría de policía del Valle del Támesis—. ¿Ha dado otra conferencia?

—Salió todo en el periódico de esta mañana —respondió Morse, sorprendido de la sobriedad con que había hablado.

El coche se abrió camino a través del laberinto de calles oscuras hasta que Morse vio las luces azules parpadeantes de una ambulancia delante de una casa con mala pinta de Woodstock Crescent. Se desabrochó lentamente el cinturón y salió del coche.

—Por cierto, Lewis, ¿sabe dónde está Canal Reach?

—Creo que sí, señor. Está en Oxford. En Jericó.